

LA CASA HABITADA

Relatos de cuarentena

Didáctica de la Comunicación Oral

Licenciatura en Comunicación e Informática Educativa





Agradecemos a todas las personas que participaron en la convocatoria e hicieron parte de este proceso.

Jurados

Diego Alexander Vélez Quiroz

Docente, Poeta, narrador, ensayista y crítico de cine

David Vanegas Alarcón

Licenciado en Comunicación e Informática Educativas y artista

Autores

Ana María López Gómez
Andrés Felipe Piedrahita Bermúdez
Ángela Gaviria Piedrahita
Angie Katherine Valencia Heredia
Anyi Lizet Arbeláez Trejos
Carlos Alberto Muñoz López
Carolina Posada Osorio
César Darío Salazar Ríos
Cristina Cardona Ladino
Daniela Villa Castro
Eduardo Valencia Guevara
Elizabeth Guarín Quiroz
Gabriela Moreno Saldarriaga
Johan Sebastián Galeano Pulgarín
Juan Guillermo Ramos Silva
Juan Felipe López Tafur
Julián David Loaiza Agudelo
Kandy Stefany Cataño Angarita
Laura Santa
Laura Victoria Pérez Rivera
Leidy Dayana Castaño Gómez
Luisa Fernanda Valderrama Gamboa
Mariana Jaramillo Chica
Mateo Quintero Segura
Santiago Cárdenas Ortiz
Santiago Jaramillo Chica
Tatiana Franco Gallego
Wesley Hoyos Osorno
Yerly Ramírez García

César Darío Salazar Ríos

Docente y Editor

Mariana Jaramillo Chica

Diseñadora y Editora

Santiago Jaramillo Chica

Diseñador y Editor

Yerly Ramírez García

Fotógrafa de la Portada

Katherine Valencia Heredia

Manejo Redes

Cristina Cardona Ladino

Manejo Redes

Wesley Hoyos Osorno

Manejo de Página Web

Anyi Lizet Arbeláez Trejos

Equipo de producción

Carlos Alberto Muñoz López

Equipo de producción

Daniela Villa Castro

Equipo de producción

Kandy Stefany Cataño Angarita

Equipo de producción

Sistematización de la Convocatoria *"La Casa Habitada Relatos De Cuarentena"*

Proyecto enmarcado en el proceso de la asignatura Di-
dáctica de la Comunicación Oral de la Licenciatura en
Comunicación e Informática Educativa.

Universidad Tecnológica de Pereira
2020

LA CASA HABITADA

Relatos de cuarentena

PRÓLOGO



LA CASA HABITADA

Una casa no está hecha de puertas y ventanas, va más allá del patio y de la sala, apenas si empieza en la cocina. De la casa no dicen nada los ladrillos, ni las tejas de barro, ni el dintel, ni el tapete que a quien llega le da su bienvenida. No, nada de eso la casa, todo eso es forma, cemento, hierro, lámparas en la noche, naturaleza muerta.

La casa es otra cosa, la casa empieza dentro de cada uno, limita a veces con la puerta y otras veces más lejos, lejos, a donde van los hijos que ven las madres irse. La casa, la de verdad, es una noche a tientas jugando a que nos vemos a pesar de lo oscuro, un desayuno largo con los viejos, una noche de llanto ensimismado, el alboroto cursi de todos los diciembres, las fotos en la mesa repitiendo los triunfos pequeños, el juguete heredero de la infancia, la historia que se cuenta sobre sus habitantes, eso es la casa.

Rara vez estamos en la casa, la vida nos empuja con fuerza hacia el afuera y volvemos cansados ¿De qué? ¿A dónde? Solo existe la casa cuando entramos en ella y entonces se convierte en refugio, después de todo hogar es la palabra que se parece al fuego porque allí es calentito. Entramos a la casa y volvemos a nosotros, a los nuestros y a lo nuestro. La casa es el único sitio en el que somos libres con las puertas cerradas.

Hablar de la casa es hablar de nosotros, de la lluvia que se nos filtra a veces por los ojos, del rincón aquel que guarda bajo el polvo vestigios olvidados, de las flores que crecen sin que nadie las vea, del amor si está adentro, de aquellos los fantasmas que cruzan por la sala robándonos el aire por segundos eternos, de algún fuego encendido, del traje que vestimos para entrar en el mundo.

En ocasiones, solo en ocasiones, algo dice la casa entre nosotros con su lengua de muebles y pasillos. Hay quienes muy atentos la escuchan y entonces entienden sus secretos: la casa es una historia que nos cuenta el pasado sobre algo del presente. Aquí hay un montón de esas historias. Los habitantes cuentan.

Diego Alexander Vélez Quiroz

ÍNDICE

Escrito destacado

12 de abril del 2020

Josefina Alma

Categoría Escrita

Reencuentro

Ana María López Gómez

Osadía

Valerius

Mismo sitio, distinto lugar

Ángela Gaviria Piedrahita

Con-vivir

Katherine Valencia Heredia

Somos 4 elementos

Anyi Lizet Arbeláez Trejos

Ilusiones del progreso

Carlos Alberto Muñoz López

Por suerte

Kandy Stefany Cataño Angarita

Sueños Calientes y mojados

Carolina Posada Osorio

Descubrí

César Darío Salazar Ríos

Doña Tomasa

Eduardo Valencia Guevara

Ni lo uno, ni lo otro

Wes

Mi ventana

Gabriela Moreno Saldarriaga

Parqués

Johans Gabet

Toma todo

Johans Gabet

Dominó

Johans Gabet

07

07

08

08

08

08

09

09

09

10

10

10

11

11

11

12

12

12

Aburrimiento, Miedo, Alivio

Fox, el cuentacuentos

Huida-19

Julián David Loaiza Agudelo

¿Qué hay de ti?

Laura Santa

Reflejada

Laura Victoria Pérez Rivera

Equilibrio

Luisa Fernanda Valderrama Gamboa

Gotas

Simona

Dos Caras

Mateo Quintero Segura

Día a Día

Wes

El Sintecho

Mateo Quintero Segura

Desencantamiento Tácito

H.S.

Las Chancletas

Tatiana Franco Gallego

Al Coronavirus

Tatiana Franco Gallego

Falta de algo

Yerly Ramírez García

Solo Antojo

Yerly Ramírez García

Categoría Audiovisual

El ascenso de la Intelectualidad

Cristina Cardona Ladino

Prehesio

Elizabeth Guarín Quiroz

Costumbre

Carlos Alberto Muñoz López

13

13

14

14

15

15

15

16

16

16

17

17

17

18

19

19

20

20

ÍNDICE

Inexpugnable 21

Juan Guillermo Ramos Silva

Ausencia de sensatez 22

Santiago Jaramillo Chica

20 20 (veinte veinte) 22

Juan Felipe López Tafur

Calidez 23

Katherine Valencia Heredia

Bello Recuerdo Efímero 23

Daniela Vila Castro

Salir 24

Yerly Ramírez García

A la brasa 25

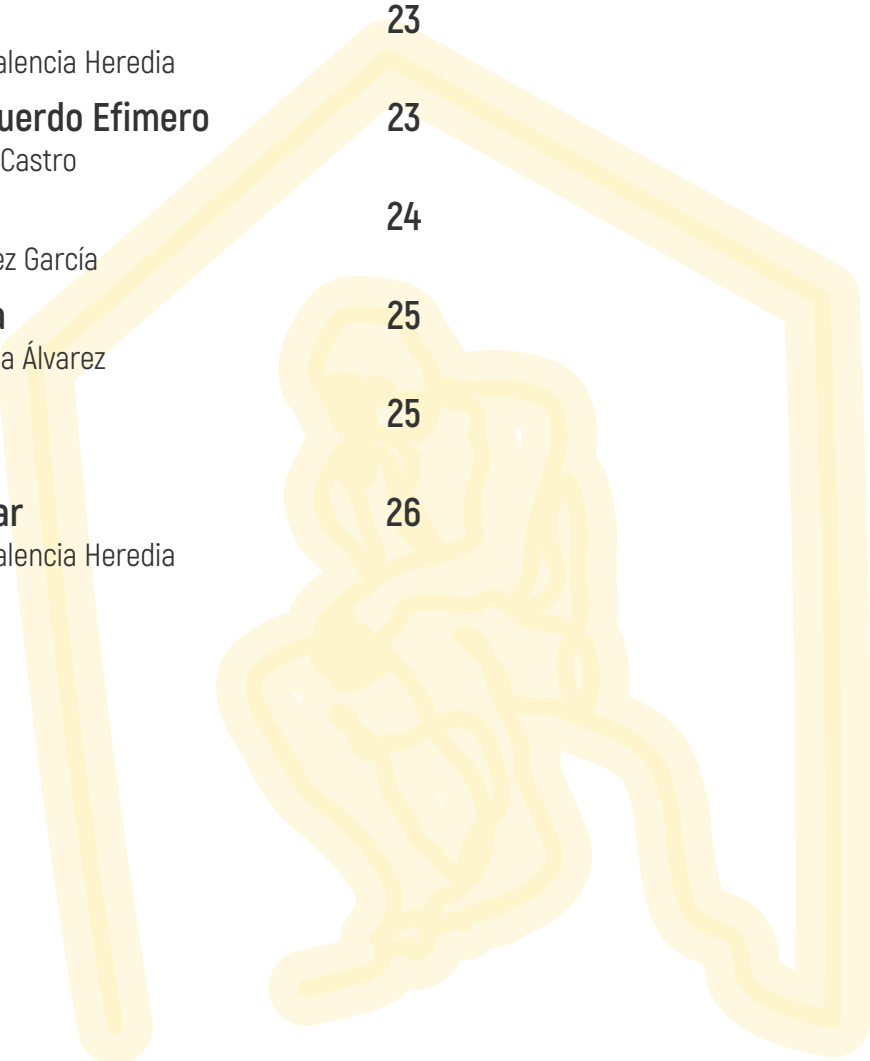
María Andrea Álvarez

Nostalgia 25

Simona

Perseverar 26

Katherine Valencia Heredia



12 de abril de 2020

Josefina Alma (Bogotá, Colombia)

28 días de confinamiento.

30 días desde su última cita de besos.

Una certeza. El amor sobrevive a la pandemia, el sexting no.

Tres conversaciones, un pensamiento. El arroz en bajo se seca.

Una certeza. Hablar del teletrabajo y del caos del cuarto apaga todo.

Una incertidumbre disfrazada de promesa. Cuando todo esto acabe volveremos a vernos.

Un alivio. Escuchar Delirium tremens.

Cinco minutos de placer. La voz de Fito Páez lo devuelve a su zona de confort.

Una diversión. Esta música produce lo mismo que hace 12 años.

Cientos de ansias porque otros hombres se fijen en él.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis años encerrado en el clóset, añorando un amor y huyendo de aquellos que esbozan sonrisas en los baños de bares gays de la ciudad.

12 de abril de 2020. Cinco minutos de canción, ojos, labios, besos, lluvia de semen.

Una pantalla de celular. Tres conversaciones. Un arroz en bajo se apaga. El sexting no es lo de antes.

28 días de confinamiento.

Una cocina. Tres cuartos. Dos baños. Quince escaleras.

Dos pantalones verdes de dril. Tres sudaderas. Siete camisetas.

Dos pares de tenis. Unas chanclas. Tres conversaciones.

La misma soledad.

Diego Alexander Vélez Quiroz, jurado de la categoría escrita, destaca este relato:

"La analogía entre el encierro de la cuarentena y el del "closet" revelan que, a veces, estamos confinados desde adentro y que afuera es peligroso".

Reencuentro

Ana María López Gómez (Pereira, Colombia)

Abrió sus ojos y descubrió el "hola" perdido en la pared, debajo, un mensaje marcado con tinta que decía "que linda estas hoy" removiéndolo en su mente tantos recuerdos que parecían inexistentes. En ese instante giró su cabeza y lo observó, allí estaba, junto a ella, aquello que desde hace mucho tiempo, quizá por el trasegar inefable de la vida, no apreciaba, no amaba, no cuidaba.

Se levantó de su cama sonriendo, mientras lo miraba, peinó su cabello, encrespó sus pestañas, se puso brillo labial y, cuando estaba completamente convencida, se acercó, estiró su mano derecha y, después de mucho tiempo, logró apreciar la belleza de volver a reencontrarse a través del espejo...

En cuarentena.

Osadía

Valerius (Pereira, Colombia)

Corrían los tiempos de cuarentena. Las interacciones sociales eran ahora un riesgo inminente, besos y abrazos quedaron prohibidos por decreto presidencial. Mamá me envió a llevarle algo a la abuela. Era extraño caminar por las calles desiertas.

No recuerdo que día era, todos los días eran el día. En todo caso era semana santa.

Entonces, o Jesús estaba siendo traicionado por Judas, o el mismo gallo de hace dos mil años cantaba después de ser negado tres veces. Doblé en la esquina y ¡oh sorpresa!

en el segundo piso de un edificio, una mujer tenía la osadía de ir tan lejos de su casa como podía, es decir, estaba en el balcón. Sostenía una vieja libreta, en la cual escribía. ¿Qué escribía?, quizá un verso, o simplemente una lista de mercado.

Y fue aquella osadía de la chica sentada en esa butaca, con sus pies apoyados al viento, mientras el mundo se inclinaba a un celular, el respiro que salvó mis días, que estaban cargados del peso de las noticias, del miedo y la incertidumbre.

Justo cuando pasaba en frente de ella, levantó la mirada —se sintió observada— yo moví con timidez mi mano para saludar. Ella sonrió, ambos sonreímos.

Mismo sitio, distinto lugar

Ángela Gaviria Piedrahita (Pereira, Colombia)

Entre cortinas extendidas y ventanas cubiertas por rejas, cómo no marchitarse. Pintar las paredes, abrir las ventanas y sembrar una nueva flor sobre la misma tierra muerta tampoco ayuda. Vuelven a brotar grietas y humedad, y mi margarita muere de nuevo. Persiste, sobre todo, el silencio en las cenas de domingo. El tenedor rozando el fondo del plato. Las bocas masticando. La cafetera chilla por el desgaste.

Desconocidos de la misma sangre, nos miramos sin saber qué decir. Pero reunidos en la cocina bajo una luz estéril, descubrimos algo más: no son tiempos de incertidumbre. Adentro o afuera, siempre nos ha consu-

mido, solo que ahora no logramos escapar. Todavía agarro la maceta, con las raíces intentando huir por el drenaje. Ella garabatea en su libreta. Él se sienta, abrazando sus rodillas. Estando así, solo hay algo de qué hablar: de lugares que pudieron ser y nunca fueron. De cualquier otra vida, menos esta. Armamos y desarmamos maletas que nunca necesitaremos. Construimos casas en las que sí podríamos vivir y no simplemente marchitarnos. Formamos el hogar unido que solo podríamos tener en historias. Imaginario y todo, cuando me devuelvo sola a mi cuarto siento esa extraña calidez que pensaba imposible acá.

Con-vivir

Katherine Valencia Heredia (Pereira, Colombia)

La mayor pregunta que me hago todo el tiempo es: ¿qué es la convivencia? ya han pasado 2 meses desde que la cuarentena obligatoria comenzó y aún no logro responderme a esa pregunta.

Todos los días es una lucha interna por algo que no deba decir de la otra persona, por una regla que se rompió y no se le dé la importancia que verdaderamente tiene, o por alguna sobrecarga de responsabilidades en una sola persona; este encierro con mi gente me ha ayudado a comprender que no todos -así seamos de la misma sangre- nos expresamos de la misma manera, las prioridades cambian respecto a la persona que la vea y si una sola persona rompe las reglas, todos lo van a querer hacer

No sé en qué punto podré responderme a

la pregunta inicial pero lo que sí tengo muy claro es que con un par de juegos, una fogata, música para todos los gustos, una deliciosa comida y un poco de alcohol se pueden olvidar todos esos malos momentos del día o de la semana.

Somos 4 elementos

Anyi Lizet Arbeláez Trejos (Filandia, Colombia)

El tiempo pasa como el viento, la cabeza arde como fuego, el corazón parece tierra y está atento a quien lo quiera, y enteritos todos tan dóciles como el agua tratando de moldearnos hasta en el más pequeño espacio.

Ilusiones Del Progreso

Carlos Alberto Muñoz López (Pereira, Colombia)

8:30 AM, el día ha aclarado hace ya mucho rato, y aún estoy envuelto en las sábanas que cubren mi cuerpo. Tomo el celular para poder mirar las conversaciones del día anterior, así como los mensajes de la universidad. Es una sensación de apatía la que me envuelve, señal de que es tiempo de volver a hacer lo que he venido haciendo los últimos 25 días... Levantarme, resolver mis necesidades fisiológicas, bañarme, lavar un poco de ropa sucia, desayunar mientras recibo clase virtual a las 10 de la mañana, con un montón de gente muda salvo por la persona que funge como docente en ese momento aburrido y tedioso.

¡Pero se supone que esto que hago es por

un bien mío! Y, aun así, no lo siento de ese modo. No temo a la rutina, es mi fiel amiga en todo tiempo, de hecho, la busco y me siento cómodo con lo predecible, lo esperado, lo repetitivo... ¿Que si soy aburrido, amargado, sicorrígido? Sí, pero cada uno hace lo que mejor puede con sus defectos y virtudes. Tal vez son ilusiones mías, a lo mejor me encuentro soñando... En efecto, es un sueño.

Por Suerte

Kandy Stefany Cataño Angarita (Pereira, Colombia)

El "todo estará bien", "nos volveremos a encontrar", "pronto pasará todo". Son las frases de moda, pero lo cierto es que nadie lo sabe, ¿y si no pasa? ¿Si esta realidad es lo normal de ahora en adelante? ¿Si los abrazos pasan a la historia y las reuniones se vuelven cuentos de ficción?... ¿estaremos bien? por suerte siempre cuento conmigo.

Sueños calientes y mojados

Carolina Posada Osorio (Dosquebradas, Colombia)

Esta mañana, cuando desperté, todo estaba tan bien, que estaba mal.
Los pájaros cantaban precioso, pero eran las 3:30 de la mañana.
La cama era muy cómoda, pero ya estaba cansada de ella.

Me levanté. Sentí el sol en mi cuerpo, pero me quemaba.

El café estaba caliente, pero no era de hoy. Me vuelvo a acostar porque es muy temprano para estar despierta un domingo.

Ahora todo empieza a estar mejor, cuando me levanto y abro las cortinas de mi habitación y el sol no quema y los pájaros cantan y voy a la cocina y el café apenas va a estar. Luego despierto, evidentemente no es domingo, está cayendo un aguacero, no he puesto a hacer café y aún son las 4 de la madrugada.

Nunca, nada es lo que parece.

Descubrí

César Darío Salazar Ríos (Pereira, Colombia)

Perdí la cuenta de los días que llevo en casa pero en cambio tengo una lista perfecta de cosas que he descubierto en mi lugar habitado: Descubrí que en casa hay 132 baldosas, que uno de los baños no funciona y que hay cuatro estilos diferentes de cielorraso. Descubrí que necesito un tablero donde hacer anotaciones y que el reloj de la sala dejó de funcionar a las 9:35 de no sé qué día, al menos dos veces por día da la hora correcta. Descubrí que mi perra muñeca es meticulosa en exceso para comer y que Wanda ha vuelto la hora de la comida un ritual obsesivo de mimos. Descubrí que me hacen falta ollas para cocinar y que hay un ratón en casa, se llama Jerry. Descubrí que extraño a mi madre (te extraño mamá) y que mi espalda duele más en las mañanas que en las tardes. Descubrí que soy muy fuerte

mentalmente pero que quiero salir corriendo, gritar que tengo miedo y que estoy cansado de ser fuerte mentalmente. Descubrí que amo mi carrera y que soy buen docente pero no lo suficiente para ayudar a todos mis estudiantes. Descubrí que amor empieza con A.

Doña Tomasa

Eduardo Valencia Guevara (Dosquebradas, Colombia)

Desde mi ventana vi cómo se la llevaban. Quería despedirme, quería abrir la puerta y salir corriendo a darle el último adiós a doña Tomasa; pero no podía. Todo debido a la cuarentena.

Me conformé con hacer un gesto de despedida con mi mano, mientras unos hombres colocaban el cuerpo sin vida de doña Tomasa en un vehículo y se iban. Pero doña Tomasa, la gentil anciana que vivía en la otra cuadra, no murió de ninguna enfermedad, murió literalmente de hambre.

Sabíamos de las condiciones de vida de la señora, pero se nos dijo que no nos preocupáramos, que el gobierno enviaría ayudas hasta su casa, un mercado de 200 mil pesos solo para ella. Lo que no nos contaron y solo se supo después de su muerte, es que aquellos 200 mil pesos ya eran 150 mil al llegar a la alcaldía, donde un funcionario los transformaría en 120 y, gracias a la magia de los sobrecostos, aquel mercado no era más que un puñado de cosas, donde la mayoría no eran aptas para el consumo, pues su fecha de expiración ya había pasado. A doña

Tomasa no la mató el coronavirus, la mató la corrupción.

Ni lo uno, ni lo otro

Wes (Pereira, Colombia)

Que día de mierda, espero poder llegar a casa pronto. Que día de mierda, espero poder salir de mi casa pronto.

Mi ventana

Gabriela Moreno Saldarriaga (Pereira, Colombia)

Al asomarme a mi ventana tengo un privilegio que quizá no muchos tienen, ver gran parte de la ciudad. Aquí diviso algunos edificios del centro, mi punto guía es el Diario del Otún. No imaginan lo linda que veo la ciudad desde aquí. Por estos tiempos está muy descongestionada la Avenida Sur, poco tránsito a causa de la cuarentena. Mi barrio está silencioso y quizá hasta "muerto", ya hace falta escuchar los niños de la escuelita jugando en su descanso. La niña frente a mi casa tiene un perro, hoy se voló de su casa. Fue un alboroto, por la pandemia mis vecinos no se asoman ni a la ventana, el hecho de que salieran tras el perro en esa algarrabía hizo que muchos nos asomáramos y disfrutáramos de un show. El perro corrió para que no lo atraparan, es travieso. Cuando por fin llegó se hizo en la puerta, miró mi ventana, le busqué juego pero estaba cansado de la lidia que dio y decidió dormir.

Finalmente hice lo de siempre, sentarme

a ver cómo iba cayendo la tarde mientras dirigía mi mirada hacia el aeropuerto, hace mucho tiempo no veo aterrizar algo allí, eso me entretiene mucho.

Parqués

Johans Gabet (Pereira, Colombia)

Suenan los dados. El rojo avanza. Suenan de nuevo, las fichas azules logran salir de la casa y una avanza siete casillas. Los dados se soplan. Se tiran. Presada en la primera, lo que amerita un "qué bien, hijueputa" por parte de Alonso. Las amarillas salen. Los dados vuelven a rodar, se avanza ocho casillas. Las verdes siguen en la casa. Las otras fichas han avanzado, las verdes no han podido salir. "Hoy no es tu día de suerte, mamá", dice María, propietaria de las fichas rojas. La furia se apodera de Patricia, quien arroja los dados con mayor fuerza. Cinco y cuatro. Sigue sin salir.

"Hoy no rezó los dados", dice entre risas Gabriel, propietario de las fichas amarillas.

Se escucha un paquete de papitas destapar. Todos mascan fuerte, como camellos.

"¿Qué me pasa hoy?", pregunta Patricia mientras mira a su alrededor. Hay alguien parado detrás de la ventana. Tal vez hace algún rato. "Tengo hambre", dice el hombre. Patricia se levanta de su silla, va a la cocina y vuelve con alcohol. Le echa a la reja y encima de las manos del hombre. Cierra cortinas y ventanas. Lanza de nuevo los dados, sale presada.

Toma todo

Johans Gabet (Pereira, Colombia)

Diferentes tipos de alimentos estaban sobre la mesa. Listo, dijo un hombre alto, vamos a colocar como caza dos papas. Los demás jugadores hicieron caso. El trompo empezó a girar. Paró. Toma uno, decía el trompo. Una niña robusta, toma una papa. El turno era para una mujer, grande, como todos los demás jugadores. El trompo paró. Pon uno, decía el trompo. La mujer colocó un huevo. El hombre alto pone a bailar el trompo. Paró. Pon dos, decía el trompo. De mala gana, coloca dos aguacates. El juego es interrumpido por un hombre que se acerca a la ventana y dice: tengo hambre, no he podido trabajar por el virus. El hombre alto le echa alcohol a la ventana, y con un gesto de fastidio, cierra las cortinas. El juego sigue.

¿Colocaste el trapo rojo en la ventana, Martina? Sí, contesta la niña robusta. Exclama el hombre alto: ¡si no nos lo quedamos nosotros, se lo roban esos políticos, ratas hijueputas! Por segunda vez tocan la puerta, La mujer se para a mirar por la ventana. Hace una seña a sus espaldas, los demás entienden. Guardan el mercado. Abren la puerta, reciben una gran bolsa de mercado.

Dominó

Johans Gabet (Pereira, Colombia)

En la pequeña sala se escuchaban las fichas chocar unas con otras. Cada persona tomó siete. Una mujer, con algo de tos, miraba las

fichas de sus manos, y rápidamente miraba los ojos de sus oponentes. “¿Quién tiene la sena?” – preguntó el anciano. La mujer anciana, con una vista corta, se acercó las fichas a cinco centímetros de los ojos, luego, con voz cansada, dijo “yo la tengo, pero deje de gritar que no estoy sorda”. La mujer con tos respondió a la sena con una sena y cinco. En el turno del hombre anciano, este dice, casi con gritos, “gorda si estás”, mientras pone una sena y cuatro. Algo iracunda, la anciana coloca una doble cinco y grita “¡dije sorda, no gorda!”. La mujer toce. Entre dominó, tos y gritos, un hombre toca la puerta. La mujer abre y lo deja pasar. Le da un dulce beso, luego dice “lo olvidé... perdona, distancia”. El hombre sonríe. “¿conseguiste comida hoy?” Los ancianos dejan de alegar para escuchar la respuesta. “No”, responde el hombre. Luego, para animarlos a todos, dice “pero muchas personas amables me echaron alcohol en las manos, aún las tengo mojadas, muéstrenme las manos”.

Aburrimiento, Miedo, Alivio

Fox, el cuentacuentos (Pereira, Colombia)

Los días pasan y pasan muy lentos... Sentado en mi sofá viendo las noticias, siento que este mundo se acaba. Guerras, incendios, sismos, virus, pandemias y muertes. ¡Oh!, como desearía que algo diferente sucediera. Afuera de mi casa una luz blanca en toda la carretera. Cuando salgo a mirar que clase de avión o helicóptero pue-

de ser, me doy cuenta de que es algo mucho más extraño. Un objeto elíptico levitando y girando sobre su propio eje mientras proyecta luces y sonidos extravagantes. No tiene características de la ingeniería terrestre. Es una nave espacial sacada de los cuentos del espacio más locos. De repente, una figura sale y aterriza. Mira a su alrededor y luego, saca un rayo con el que empieza a disparar a todo lo que ve, árboles, casas, plantas, gatos callejeros; destruyéndolo todo.

¡Oh no!, me acaba de ver, ahora viene hacia mi corriendo. Mi respiración se acelera. En un instante, ese ser ya está acá y apunta su arma hacia mí. ¡Hijo! Ya llegué y te traje una hamburguesa. ¡Ya voy Ma!

Sí, la vida en cuarentena es aburrida y menos fantasiosa de lo imaginado, pero con buena compañía se hace amena.

Huida-19

Julián David Loaiza Agudelo (Pereira, Colombia)

Tomó sus cosas como quien sale de huida, amarró sus botas, empacó lo que había sobre la mesa de noche resbalando abruptamente su mano sobre ella y lanzándolo todo al interior del morral viejo y desgastado que llevaba consigo desde hace casi una década, le encantaba, y aunque lleno de rotos, siempre buscaba como remendarlo para poder seguir usándolo, entre las cosas de la mesa de noche estaba su libreta hecha a mano por el mismo, una cámara analógica y tres rollos, ¿para qué podría servir una cámara de esas en estos momentos?, corriendo hacia el baño tomó de la puerta del armario

una chaqueta de chompa, dos camisas y una gorra, del baño solo tomó el cepillo de dientes y una cuchilla de afeitar, dio dos saltos y ya estaba frente la puerta del cuarto, la cual da justo hacia la sala principal, salió del cuarto, vio con desaire hacia las demás habitaciones; tomando aire mientras una lagrima resbalaba por su mejilla derecha, se puso el barbijo, abrió la puerta hacia la calle, salió, volteó a ver mientras cerraba lentamente como quien no quiere hacer ruido... ¡sorpresa! De nuevo estaba en su cuarto...

¿Qué hay de ti?

Laura Santa (Pereira, Colombia)

Se encontraba sentada en el borde de la cama mirando al vacío, la rutina tediosa, cansina y ociosa empezaba a afectarle, eran aproximadamente las 2:00 p.m., acaba de despertarse, las irrelevantes actividades de la noche anterior habían ido hasta la madrugada y sorprendentemente tuvo tiempo de recuperar las horas de sueño, ahora normal no era correr contra el tiempo, ahora teníamos que esperar con paciencia que el tiempo pasara. Terminó pensando nuevamente en la manera en que antes podía dispersar sus tribulaciones con las ocupaciones e incluso con las trivialidades de la vida cotidiana, pero ahora que se encontraba encerrada era diferente, siempre supo que tenía una cabeza demasiado pensante, pero nunca supo que tanto, hasta que se encontró sola, racional y con el suficiente tiempo como para hurgar hasta en los más mínimos detalles de su pasado, presente y futuro

ro próximo, tenía tiempo hasta para buscar la aguja en el pajar. "Puedes aprovechar el tiempo" se decía a sí misma, pero lo cierto es que a veces es difícil bloquear lo que vive en tu cabeza, es como un monstruo que te persigue pero no puedes huir de él porque vive dentro de ti.

Reflejada

Laura Victoria Pérez Rivera (Cauca, Colombia)

Me vi reflejada en mi abuela, ahora que su mente anda lento y su memoria es un bosque que talan precipitadamente, me vi reflejada cuando se deprimió en medio del campo, en medio de matas, vacas, pollos y perros; cuando se angustió por no ver a sus hijos, cuándo preguntó una y otra vez por ellos y no hubo manera de que comprendiera que están lejos y ahora no puede verlos. "No es el momento abuelita, tenemos que mantenerte segura". Me vi reflejada cuando se sentó al frente de la montaña esperando que diera la vuelta el Campero en la curva que lleva a la finca. Entendí de dónde nació la angustia de hace tiempo, si lo llevo en la sangre no lo sé, pero allí está ella, esperando ver a sus hijos para que le mitiguen un poco su angustia.

Aún quiero escuchar sus historias de niña cuando la llevaban a caballo a estudiar a Totoro, o cuando se escapaba a fondas a bailar con sus primas, porque sus historias de niña y de joven todavía no se las han llevado, quiero escucharla decir: "Misia. Nadies. El finao. En denantes. Principiar." Pero... "Mejor espera abuelita, aguanta un poco".

Equilibrio

Luisa Fernanda Valderrama Gamboa (Dosquebradas, Colombia)

Enciende una vela para sentir la luz del universo, le gusta la sensación que da sobre sus párpados cerrados, un poco de música tenue luego de unas cuantas copas de vino, su temperatura se descontrola y siente un hormigueo, ella lo reconoce pues se trata de su deseo latente, está allí en su balcón abrazada con el frío de la noche, sus ojos cerrados imaginando a un posible amante tocando a su puerta pero sabe que no llegará nadie, tal vez por el estado de aislamiento decretado por el gobierno, pero en el fondo sabe que si la situación fuera otra nadie llegaría sin ser llamado pues nadie se siente con el derecho de tocar inesperadamente esa puerta, tal vez si sus tetas, o su culo y también morderla; ha sido esta la oportunidad de enterarse de que necesita un equilibrio, de nada le serviría un nuevo pene erecto frente a ella que la mire con deseo, que la tome del cabello y lama su cuello mientras la penetra, alguno que la haga gritar y sollozar de placer mientras se derrama sobre él con cada embestida si en tiempos de crisis todos tienen un lugar, ninguno junto a ella.

Gotas

Simona (Pereira, Colombia)

Un pequeño goteo se escuchaba en el fondo. Nuestras manos juntas se apretaban firmemente en busca de calor. Sus labios

recorrían mi cuerpo humedeciéndolo a su paso y cada tanto se detenía esbozando una suave sonrisa y dejando una marca suave de aliento en el medio. La sensación de su cercanía era tan cálida que el sonido de aquellas gotas desconocidas aumentaba entre nuestros suspiros. Una pausa, un momento, la sensación desaparecía. Abrí los ojos en busca de respuestas para darme cuenta de que aquel sonido provenía de una gotera en mi techo y su cuerpo había sido sólo una mala jugada de mi imaginación.

Dos caras

Mateo Quintero Segura (Pereira, Colombia)

El hombre vio en el umbral de la puerta la tranquilidad del ambiente de la ciudad. Nula contaminación y una calma que jamás había experimentado en su vida citadina. No obstante, le embargaba la incertidumbre. Sí, sería placentero conducir su taxi en una ciudad sin trancón, pero enfrentarse a aquel enemigo invisible, siempre acechante, le causaba pavor. Regresó la mirada al interior de su casa destartada y su familia anhelante por el hambre le dio el coraje que necesitaba.

Besó en la mejilla a su hijo, le echó la bendición y salió en busca de dinero. Al escuchar el grito: ¡Mujer!, acompañado del certero golpe en la puerta, Ana corre, desliza la cortina que hace las veces de puerta, ingresa a su habitación y se esconde debajo de la cama. La madre abre la puerta. Su padre ha vuelto de la tienda y ella intuye que pudo conseguir licor. Cuando bebe, Ana sabe que

habrá problemas en su casa. Luego de los golpes que su padre les propinará a su madre y a ella cuando esté ebrio, se acurrucarán juntas y preguntará la razón. La respuesta la dejará insatisfecha: La escasez de dinero y el encierro lo enloquecen.

Día a día

Wes (Pereira, Colombia)

Esta mañana me levante, desayuné recuerdos, casi por el medio día y sin mucha hambre almorcé nostalgia, a las 7 de la noche sobró algo del almuerzo, pero como también hay que comer balanceado le agregue esperanza.

El sintecho

Mateo Quintero Segura (Pereira, Colombia)

Mis recuerdos son leves, confusos. Mi mente no retiene los sucesos con la misma facilidad que antaño. A veces se me hace imposible recordar el rostro de mi madre. Pero estoy seguro de que fue un lunes cuando noté que algo extraño sucedía. Los lunes son los días que más recojo dinero. En la aglomeración de vehículos, logro limpiar muchos parabrisas. También calibro el aire de las llantas. Calibrar es un decir, claro está. Todos lo sabemos. Yo no hago nada, es una excusa para pedir. En fin, era lunes y parecía domingo. No había en la calle casi ningún vehículo. Empecé a irritarme. Las venas me pedían droga. Luego, desde fuera – siempre desde fuera – de un restau-

te oí el aviso del noticiero: Quédense en sus casas, el coronavirus amenaza su vida. ¿Mi casa? El techo de mi hogar lo constituyen las estrellas. Mi cama, el pastal más cómodo. ¿Dónde me confino en un espacio sin límites, en la libertad absoluta? Días después nos agruparon en el estadio. Todos apretujados, arremolinados en nuestra suciedad. Hacía mucho tiempo no tenía tanta comida. Los tres platos justos. Pero desistí y me fui. Mi hogar es la droga. Dios no permita que falte.

Desencantamiento Tácito

H.S. (Pereira, Colombia)

Algunos días de marzo, dedicaba mis horas a verle en la pantalla negra del ordenador. Sus cabellos parecían más ordenados en las fotos; sentía una completa necesidad de conocerlo más que cualquiera en este mundo. Sabía que tenía veinticinco pestañas en el párpado superior, unos veintisiete lunares y dos cicatrices que se hizo jugando en la infancia.

Estoy postrado hace más de una semana en mi lecho. Estiro los pies suavemente, con el mayor cuidado posible para poder sentir la suavidad del cobertor, aprisiono los dedos de los pies con fuerza y me paso ligeramente la mano por el pecho. Encuentro un latir extraño un pum, pum, pum exagerado martillea sin piedad ¿será algo irreal? Vuelvo y paso mi mano, justo por el centro del costillar para darme cuenta que mi cora-

zón está en recelo. Tiene miedo de galopar por un amor sin contacto. Obligado solo a contar sus doscientas veinticinco pestañas, los veintisiete lunares y las dos cicatrices. A través de unos fotogramas sin definición.

Las Chancletas

Tatiana Franco Gallego (Dosquebradas, Colombia)

Era una mañana cualquiera, ellas esperaban ansiosas que Irene posara sus pies sobre ellas, era al fin y al cabo el único momento para sentirse útiles e importantes, ya se sabían de memoria cuántos pasos debían dar hacia el baño y cuántos de vuelta a la habitación, ahí terminaba todo, sólo restaba esperar unos cuántos minutos más de protagonismo en las noches, una cíclica y absurda rutina que las llenaba de alegría, pero esa mañana todo cambió ¿era domingo?, no, algo extraño sucedía, los pies de Irene estuvieron casi todo el día sobre ellas, y no sólo ese día sino el siguiente y el posterior, un mes, dos meses, tres y cuatro, en la sala, habitación, baño, cocina, hasta tuvieron el privilegio de salir a pasear a Poncho (el perro). Pero un plan macabro se urdía entorno a las chancletas, los zapatos guardados en el clóset muertos de envidia querían destruirlas y fue entonces que una noche consiguieron sigilosamente capturarlas, amarradas entre cordones y tacones consiguieron despagar su suela, ocasionando daños irreparables, las chancletas jamás volverían a ser lo que soñaron, en una bolsa de basura su historia ha terminado e Irene descalza sus pasos sigue dando.

Al Coronavirus

Tatiana Franco Gallego (Dosquebradas, Colombia)

Abrí los ojos después de una plácida noche, me encontré con él de frente, mirándome a los ojos, de mis manos quiso asirse, obligándome a cerrar puertas y ventanas, se adueñó de mí, de mi realidad, mi verdugo, verdugo de todos, esclavos de sus leyes, dejó al descubierto nuestra humana fragilidad y es que; ¡Cuán lábiles somos ante lo que no podemos someter!

Tan minúsculo y fuerte, desechando nuestra humanidad con la muerte.

Falta de algo

Yerly Ramírez (Pereira, Colombia)

Todo un montón de necesidades, todo un montón de necesidades que comprometen, motivan y te movilizan, todo y un montón de necesidades infinitas generándote satisfacción, todo y un montón de deseos que circulan atropellando los principios, todo y un montón de preocupaciones que necesitas olvidar, todo y un silencio sin decir, todo y un placer bostezando, todo y con el aullido gutural perdido, todo y una humedad confundida, todo y una mano sin deslizar bragas, todo y unos riñones sin desnudarse, todo y una carne desaparecida, todo y una boca sangrienta e insaciable, todo y una mirada desvaneciéndose sin posesión, todo y sin el palpar sobre nuestros dedos, todo y unos muslos de amante quietos, todo y una hoja en blanco, todo, menos sexo.

Solo Antojo

Yerly Ramírez (Pereira, Risaralda)

Lo cierto es que tenía razón, yo también la echaba de menos; tomó una cerveza y me dejó llevar un poco, me sonrió y comenzó hablar bajito como cuando me susurra al oído, asegura su puerta y acomoda la pantalla para que visualice todo, un botón sale y su blusa cae, su broche se suelta y mi pantalón se endurece, me dice que le diga cosas, cosas de esas que todos sabemos, que haga fuego susurro; y sin mayor movimiento mi voz se agita, comienza a rozar y roza fuerte, me antoja y empieza a desvestirse, yo solo me acomodo para la acción, nada mejor que la carnicería de los cuerpos. Déjame entrar allí, yo empapado y meterte dentro y quedarme ahí durante mucho tiempo, abres los ojos suavemente y sentirla, sentir una voz diciéndote, buenas tardes muchachos vamos a seguir con el seminario, ¿cómo siguen con el coronavirus?

Producto destacado

El ascenso de la intelectualidad

Cristina Cardona Ladino (Dosquebradas, Colombia)

Síntesis: He perdido la cuenta de libros y textos leídos en medio de este encierro, he repetido historias en diferentes ocasiones, he entrado en el mundo de lo académico en muchas otras e incluso en algunas me he relacionado con un par de cuentos y relatos fantásticos, y en lo que todos concuerdan es el universo de la intelectualidad en el cual me he inmerso en forma de burbuja aisladora en las entrañas de mi casa.



Producto destacado

Prehesio

Elizabeth Guarín Quiroz (Pereira, Colombia)

Sinopsis: Los bloques de cemento han aprisionado nuestro espíritu de libertad, y nos arroja con su manto de angustia y soledad.



Costumbre

Carlos Alberto Muñoz López (Pereira, Colombia)



*Clic en reproducir para escucharlo. Si no te funciona, haz clic [aquí](#).

Sinopsis: La presión de la cotidianidad nos puede llevar a reflexionar sobre las rutinas en las que caemos sin darnos cuenta. A lo mejor es una manera de reaccionar y encontrar la mejor manera de reencontrarnos a nosotros mismos.

Producto destacado

Inexpugnable

Juan Guillermo Ramos Silva (Dosquebradas, Colombia)

Sinopsis: Simplemente quería mostrar una característica principal de este aislamiento, una condición totalmente obligatoria de la cual depende nuestra salud.



Producto destacado

Ausencia de sensatez

Santiago Jaramillo Chica (Pereira, Colombia)



20 20 (Veinte Veinte)

Juan Felipe López Tafur (Pereira, Colombia)



*Clic en reproducir para escucharlo. Si no te funciona, haz clic [aquí](#).

Sinopsis: Jim, un creador de videojuegos le explica a Mark Zuckerberg acerca de un nuevo juego que creo sobre realidad virtual para ser el mejor juego del año.

Calidez

Katherine Valencia Heredia (Pereira, Colombia)



Bello Recuerdo Efímero

Daniela Villa Castro (Pereira, Colombia)



*Clic en reproducir para escucharlo. Si no te funciona, haz clic [aquí](#).

Sinopsis: Trata de un recuerdo, que tuve de niña a los 12 años.

Salir

Yerly Ramírez García (Pereira, Colombia)



A la brasa

María Andrea Álvarez (Pereira, Colombia)



Nostalgia

Simona (Pereira, Colombia)



*Clic en reproducir para escucharlo. Si no te funciona, haz clic [aquí](#).

Sinopsis: Abordaje corto sobre la nostalgia de la espera, nostalgia causada por todos aquellos momentos de felicidad que residen en la memoria. Nostalgia por la espera de volver a vivirlos.

Perseverar

Katherine Valencia Heredia (Pereira, Colombia)



LA CASA HABITADA

Relatos de cuarentena



Didáctica de la Comunicación Oral
Licenciatura en Comunicación e Informática Educativas